Master Negative Storage Number

OCI00044.08

Historia maravillosa del mágico rojo

Madrid

[1893?]

Reel: 44 Title: 8

# BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
## PRESERVATION OFFICE
## CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

## RLG GREAT COLLECTIONS
## MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
## JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

**Master Negative Storage Number:** **OCl00044.08**

**Control Number: ADT-5339**
**OCLC Number : 29717059**
**Call Number : W 381.568 H629 v.4 HMARM**
**Title : Historia maravillosa del mágico rojo.**
**Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]**
**Format : 24 p. ; 22 cm.**
**Note : Cover title.**
**Note : Caption title: El mágico rojo.**
**Note : Title vignette.**
**Subject : Chapbooks, Spanish.**

**MICROFILMED BY**
**PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)**
**On behalf of the**
**Preservation Office, Cleveland Public Library**
**Cleveland, Ohio, USA**
**Film Size: 35mm microfilm**
**Image Placement: IIB**
**Reduction Ratio: 8:1**
**Date filming began:** 9-27-94
**Camera Operator:** CS

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA MARAVILLOSA

DEL

# MÁGICO ROJO.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

# EL MÁGICO ROJO.

## HISTORIA MARAVILLOSA.

### CAPITULO PRIMERO.

*Nacimiento de Orestes.—Su educacion.—Encuentro con una gitana.—Prediccion de esta.—Contento de Orestes.*

En una de las mas pequeñas aldeas pertenecientes al reino de Persia, nació un niño, que al llegar á los primeros años de su juventud causó un extraordinario asombro, no solo á los habitantes de la provincia, sino á los de todo el globo. Hijo de unos padres de acreditada honradez, si bien de una pobreza extremada, el dia de su nacimiento fué señalado con uno de esos prodigios que solo se observan muy de tarde en tarde. El dia, correspondiente al mes de enero de 17..., habia permanecido encapotado y sombrío. El huracan silbaba; el frio que se sentia en toda la comarca anunciaba una porcion de nieve existente en la vecina sierra, y el sol no se habia dejado ver

en el horizonte. En el instante mismo del nacimiento de Orestes, un gran temblor de tierra sobrecogió á los habitantes de la aldea; el sol dejó ver su rubia y brillante cabellera, y el dia de invierno se tornó en un dia de alegre primavera.

Locos de contento los padres de Orestes con tener un hijo, pues hasta entonces la naturaleza les habia negado este favor, no obstante llevar ya diez y siete años de casados, acordaron dedicarle á una carrera científica, sin tener para nada en cuenta su escasa fortuna. Apenas frisaba Orestes en los cuatro años, sus padres le obligaron á ir á la escuela á fin de que desde pequeño se acostumbrara á los estudios. Nuestro héroe no opuso la menor resistencia, y se dedicó con todo el ardor que sus cortos años le permitian al estudio del abecedario. A pesar, sin embargo, de sus grandes deseos, tenia tan escasas facultades intelectuales, que al cabo de diez años de estudio y cuando contaba catorce de edad, solo conocia las letras en su cartilla. Vanos fueron los castigos, vanos los premios; Orestes no podia aprender á leer. Viendo sus padres la inutilidad de sus sacrificios y afectados sobremanera al ver la ineptitud en su malhadado hijo, contrajeron á un tiempo una espantosa y cruel enfermedad que en pocos dias los hizo bajar al sepulcro, quedando huérfano el desgraciado Orestes. Júzguese cuál seria la afliccion de nuestro adolescente al verse solo y reducido á la mas espantosa miseria, miseria que llegó hasta el deplorable extremo de precisarle á pasar dos ó tres dias sin tener con que poderse sustentar. Viéndose en tan triste situacion, comprendiendo la inutilidad de continuar dedicándose á aprender á leer, no vaciló un momento en entrar á servir en casa de uno de los labradores mas ricos de la aldea, que le dedicó á guardar el ganado.

Hallábase una tarde de otoño al cuidado de sus vacas, entretenido en hacer caricias al fiel perro que de continuo le acompañaba, cuando de repente y como si hubiera salido de la tierra, se le apareció una gitana vieja y desgreñada, toda cubierta de harapos y con visibles muestras de una gran necesidad.

—Jóven, le dijo poniendo familiarmente una de sus grandes, secas y tostadas manos sobre la espalda del muchacho, ordeña pronto una de tus vacas y socorre con su leche mi necesidad.

Orestes, bajo el influjo de la gitana, pues no sabia lo que hacia ni lo que le pasaba, ejecutó fielmente la prescripcion que se le habia hecho, y alargándole una gran porcion de leche en un cuerno, la hizo instintivamente una profunda y reverente cortesía. La gitana sorbió el líquido de un solo trago, y no bien lo hubo concluido de beber cu

[illegible], [illegible] y de [illegible], tomó la expresion de un rostro de ángel; sus ropas sucias y andrajosas se convirtieron en un magnífico y sorprendente vestido de gasa blanca, bordado de perlas y otras piedras preciosas de extraordinario valor; y por último, el cuerno que Orestes la habia entregado y que al tiempo de verificarse la transformacion aun conservaba en sus manos, se tornó en un pequeño globo de trasparente y finísimo color que al recibirlo Orestes se deshizo exhalando y perfumando el ambiente de suaves y delicados olores; y, cosa extraña, Orestes, que como ya saben nuestros lectores, no pudo aprender durante el largo tiempo que fué á la escuela mas que las letras de su cartilla, adquirió al punto de aspirar tan balsámico aire una instruccion no vulgar, que le sirvió despues durante el trascurso de su larga vida para vivir respetado de todos los que tuvieron la dicha de [illegible]. Despues de esta trasformacion intelectual, al ver á aquel ángel en forma de mujer y verla sonreir con amor, cayó á sus piés trémulo y convulso, y no se crea que este anonadamiento fuese producido por el miedo, todo lo contrario; Orestes era víctima en aquel instante de un amor grande, infinito. Orestes, que nunca habia sentido latir su corazon por ninguna mujer, que habia permanecido insensible ante los encantos de las mozas de aldea, tenido, por fin, por esquivo é indiferente, se veia subyugado; doblaba su cerviz, prestaba culto al [illegible] asombrado de sí mismo se hallaba el jóven, su imaginacion deliraba y su cabeza no podia, no obstante, combatir aquel delirio. Fuertemente impresionado con los encantos y atractivos de la ex-gitana, no podia darse cuenta del gran cambio que en ella habia habido. Este asombro, sin ningun género de duda, hubiera durado eternamente si la misma hermosa ex-gitana no lo hubiese interrumpido.

—Grande ha sido tu bondad, dijo á Orestes, pero yo te prometo que no será menor mi agradecimiento. Esta mutacion que en mí tan instantáneamente se ha operado, puede muy bien probarte de lo que yo soy capaz.

—Señora, balbuceó Orestes, os estoy viendo, os estoy adorando; permitidme permanecer de rodillas delante de vos; vuestro agradecimiento es por lo tanto superior á lo que os haya podido hacer. Estoy suficientemente recompensado.

—No lo creas, noble jóven, no lo creas. Convertida en una andrajosa y vieja gitana se acercó á tí la hada Mesalgisa; para explorarte te mandó ordeñar una de sus vacas, y tú, lleno de caridad cumplis-

te su mandato. No en balde eres el elegido por los hados para lograr una gran empresa, que solo á tí se halla reservada. Esa bondad que tanto te enaltece y que tan inagotable en tí se encuentra, ha de ser el orígen y fundamento de tu felicidad. Desde luego puedes comprender y entrever en cierto modo cuál será la que te espera al considerar que esta hermosura que tanto te sorprende y que tan profunda emocion te ha ocasionado, no es comparable, ni con mucho, á la que en sí ostentan las infinitas hadas y ninfas que con impaciencia te aguardan, y que al presente se hallan encantadas por la ciencia y poder del jigante Pentanáuro, que las tiene encerradas en una torre cuya elevacion se pierde á la vista del hombre, por lo que es de todo punto imposible subir á ella, tanto por carecer de escalera como por desconocer otra clase de ascension, como no sea con la ayuda de la mágia.

—Juro al cielo, bellísima Mesalgisa, exclamó Orestes fuera de sí, que en tan corto espacio de tiempo me has hecho esclavo de tu sin par hermosura, que solo á tí he de amar toda mi vida, aunque vea y conozca mas hermosuras que pelos tiene tu seductora cabellera, pues en tí solo reconozco mi dicha, mi felicidad, mis encantos, en fin, de toda mi existencia.

—No puedes imaginarte, buen Orestes, el gran placer que hablando de esta suerte me ocasionas. Tiempo hace que te conozco, y sin poderlo evitar te he consagrado mi corazon entero. Mi desgracia, sin embargo, es tan intensa que no permitirá que los deseos que acabas de manifestar lleguen á verse realizados, supuesto que tienes que conocer mayores hermosuras.

—Nada temas, amada Mesalgisa, nuestro amor será eterno, inmutable. Vanos serán los obstáculos que se opongan en contra suya, y con el fin de evitarlos dejaré el acometimiento de la empresa de que antes has hablado para otro que se encuentre con el corazon libre, y entretanto nosotros gozaremos las venturas sin cuento con que nuestro profundo amor nos está brindando.

—Eso es imposible, Orestes. Los hados te marcan como el paladin que ha de llevar á cabo esta aventura, y no queda mas recurso que cumplir lo que está escrito, pues de otra suerte, sin ser yo bastante poderosa á remediarlo, no nos volveremos á ver.

—Si así está escrito, sea; pero ten por seguro que tú únicamente serás la reina de mi albedrío. ¿Cuándo es forzoso emprender tamaña aventura?

—Los hados no han señalado tiempo fijo; pero sí está escrito que luego que Orestes haya acabado por completo la empresa, dando

muerte al jigante Pentanauro y libertando á las hadas y ninfas que este al presente tiene en su poder encantadas, se unirá en tiernos é indisolubles lazos con la belleza que elija, bien con una de las que se hallan encantadas, ó bien con su mensajera. Teniendo esto en cuenta, tú, Orestes, has de fijar el tiempo en que quieras empezar.

—Ahora mismo, pues tal es el ardiente deseo que de ser tu esposo tengo.

—Eso tambien es imposible. Ya recordarás que antes te he manifestado que Pentanauro tiene encerradas á las hadas y ninfas en la elevadísima torre que ya te he hablado, y que es de todo punto imposible subir á ella por los medios ordinarios; además, Pentanauro es invulnerable, pues se halla revestido de una coraza mágica, de virtud tal, que los tiros y cuchilladas que se le dirijan, lejos de hacerle el mas mínimo daño, van derechos á parar al pecho de sus adversarios, produciéndoles una muerte instantánea. Es, pues, necesario para conseguir el doble objeto de dar libertad á las encantadas y muerte al jigante, valerse de medios tambien mágicos y sobrenaturales que puedan vencer las iras de Pentanauro y del escuadron de dragones que le sirve y que como él son todos ellos tambien invulnerables.

—Grande es el desconsuelo que me causas, Mesalgisa, pues si tú no me lo manifiestas ignoro de qué medios mágicos y sobrenaturales habré de valerme para conseguir el logro de mis intenciones.

—Nada temas. Los hados han prevenido de antemano ese inconveniente, y tienen escrito los medios de que hay que valerse en tan arriesgada empresa; y pues tales deseos tienes y muestras de emprenderla, mañana se empezarán á poner en práctica los medios necesarios para conseguirlo; y á esta hora ven á este mismo sitio. El cielo te guarde y él permita que los deseos que has manifestado con respecto á la hada Mesalgisa sean en un todo cumplidos y satisfechos.

No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, una nube de finísima púrpura desprendida de la atmósfera, la envolvió en su seno, conduciéndola al través de los espacios infinitos hasta tanto que se perdió á la vista de Orestes. Este por su parte quedó tan contento que, olvidándose de las vacas que estaba guardando, empezó á correr en direccion de la aldea, exclamando á voz en grito: soy feliz, ya ha llegado para mí el venturoso dia en que empiezo á amar. Los habitantes de la aldea, al verlo correr y gritar de aquella manera, y al observar que se habia dejado las vacas en el campo, juzgaron que se habia vuelto loco, y no pudieron menos de compadecer al que en voz en cuello decia que era feliz.

Dejémosle esperando con impaciencia que llegue el siguiente dia, y á la gente de su aldea creyendo que se habia vuelto loco, y veamos quién era el jigante Pentanauro, y por qué tenia encantadas á las hadas y ninfas en una torre tan extraordinariamente alta; todo lo cual será objeto del capítulo siguiente.

## CAPITULO II.

*Quiénes eran las hadas y ninfas encantadas.—Quién era Pentanauro.—Motivo por qué las encerró en su palacio.—Causas por qué las trasladó á la torre encantada.—Encanto de las hadas y ninfas.*

En las fértiles playas de la antigua Arabia existian en la época á que esta leyenda se refiere, varias bellísimas ninfas y no menos hermosas hadas que habitaban en palacios aéreos construidos cerca del mar. Hermosos eran estos palacios. Su arquitectura pertenecia al órden corintio; sus puertas de ébano, perfectamente ensambladas, estaban incrustadas en piedras preciosas, así como tambien las ventanas y balcones cuyos enrejados no eran de hierro, sino de oro finísimo y brillante. Penetrando en ellos, la imaginacion humana encontraba todos los atractivos necesarios para olvidar la miserable vida material. Mullidas y riquísimas alfombras apagaban el ruido de los pasos, suaves perfumes embalsamaban el fresco ambiente, y el canto dulce y melodioso de varios y preciosos pájaros encerrados en doradas jaulas deleiteaban el oido. Todo era bello, todo rico, todo grande. Pero en uno de estos prodigiosos palacios que vamos describiendo, donde la belleza imperaba, donde la riqueza tenia su asiento mas que en ninguno de los otros, era en el gabinete favorito de la reina de dicho palacio. Era de todo punto imposible penetrar en este encantador sitio sin experimentar una profunda conmocion. Esencias de lirio y verbena, olores favoritos de estas hadas, esparcidas en este gabinete causaban una impresion que no se puede describir. Otros ricos perfumes ardian en dorados pebeteros. Las paredes estaban cubiertas de una finísima tela mas blanca que el armiño, y resaltaba esta blancura por

un lijero tinte azul que daba al gabinete orlado en sus paredes y techo con una artesonadura de zafir un aspecto verdaderamente mágico y encantador. Pues bien, en medio de este gabinete reposaba tranquila y dulcemente la dueña de tan delicioso edificio. Imposible nos seria describirla. ¿Qué adelantaríamos con compararla con Vénus Citérea, si Vénus habia de salir perjudicada con semejante comparacion? Figúrese el lector un conjunto de toda la belleza, tanto físico como moral, y tendrá el verdadero retrato de las hadas y ninfas de la Arabia. Efectivamente, no solo eran célebres por su belleza, sino que lo eran mas aun por sus virtudes, entre las cuales se destacaba en primer término la caridad; la caridad, la reina de las demás virtudes, la llave que indudablemente abre á los hombres las puertas del cielo, el divino sentimiento por cuyo medio el hombre socorre á su hermano con todo aquello que le es posible, socorro que le libra de la miseria y de la desesperacion, que quizás libra á un padre de familia de la perpetracion de un crímen, porque si se encuentra sin recursos para mantener á su familia, si sus hijos, llorando y hambrientos, le piden pan y este pan no se le puede dar y no puede apagar el hambre que los devora, indudablemente se ve impulsado por motivos tan poderosos, que quizás le hagan llegar hasta el extremo de cometer un crímen.

Pues bien; la caridad que evita los desastres; la caridad, que como ya hemos dicho antes, es la primera de las virtudes, constituia uno de los principales encantos de las hadas y ninfas que con tanta imperfeccion tratamos de dar á conocer á nuestros lectores.

Eran estas hadas y ninfas doce, y doce tambien los palacios que habitaban. Cada una tenia el suyo, y cada una estaba servida por doncellas que, fuera de sus señoras, eran indudablemente las mas preciosas criaturas que la imaginacion de un poeta se atreva á soñar. Vivian en la más completa libertad y enteramente aisladas del mundo, siendo la pesca su única diversion favorita. Hacíanla en el mar en ligeros esquifes y barquichuelos, que aumentaban aun la ilusion que sus encantos á todos hacian concebir.

Una tarde, cuando se retiraban á sus palacios, despues de haberse dedicado á su diversion, vieron venir hácia ellas un barco tan extraordinariamente hermoso y bien engalanado, que no pudo menos de llamar la atencion y despertar su curiosidad, de donde se deduce que la mujer, aunque tenga algo de diosa, no puede, sin embargo, dejar de ser curiosa. Suspendieron su marcha y aguardaron la llegada del hermoso buque.

No bien hubo llegado este á distancia desde donde las ninfas

pudieran oir la voz de los que dentro de él iban, un marino de grave aspecto y algun tanto cargado de años, las dijo: «Oh, vosotras, quien quiera que seais, hermosas criaturas, socorred á un poderoso príncipe que vá en este buque, y que se halla así como nosotros, próximo á perecer de hambre á causa de habérsenos acabado todos los recursos que teníamos en el largo viaje á que ahora damos término.» Calló el marino, y las ninfas, excesivamente caritativas, segun ya tenemos manifestado, no vacilaron un momento en responder: «No solo, venerable marino, el príncipe que va dentro del barco y que se halla próximo á perecer de hambre, sino tambien todos vosotros que parece os hallais en el mismo lamentable estado, encontrareis en nuestros palacios una cómoda hospitalidad, aunque indigna, sin embargo, de vuestro elevado rango.»

Poco tiempo despues, el príncipe Gloriostan era alojado en el palacio de la hada Floriadnaida, la mas hermosa de todas ellas, si es que alguna podia serlo mas que las otras, y los que componian su tripulacion lo eran en los palacios de las demás. Excusado es manifestar á nuestros lectores el esmero con que fueron tratados; ninguno, ciertamente, era digno de tan esmeradísimo hospedaje.

No bien la noche habia extendido su negro manto sobre la tierra, el príncipe Gloriostan quiso, abusando de la mayor fuerza que el cielo ha concedido al hombre, perjudicar la buena fama de Floriadnaida, y como si semejante atentado hubiera sido concebido de antemano, tanto por el pérfido príncipe, como por su tripulacion, todos ellos, de la misma manera que él, quisieron consumar con las ninfas el mismo violento atentado.

Vanos eran los ruegos, vanas las lágrimas que Floriadnaida empleaba para verse libre de la perfidia del príncipe. Sus fuerzas se agotaban, y ya iba á ser víctima de su verdugo, cuando el genio, en figura de una gran serpiente, que sin saberlo ellas las protegia, penetró al mismo tiempo en los palacios de todas ellas, donde se repetia la misma escena, poniendo en fuga de este modo á tan malvados huéspedes, é impidiendo así la consumacion del nefando crímen que tenian premeditado.

El mismo génio, siempre en figura de serpiente, los fué persiguiendo hasta que llegaron al barco donde habian venido. No bien pusieron el pié en la cubierta, todos quedaron muertos instantáneamente, volviéndose sus cadáveres completamente negros, y siendo lo más digno de extrañeza, que el barco, sin que nadie le moviera, sin un remo, sin impulso alguno, siguiera su rumbo hácia Turquía, que

es de donde habia venido. No bien hubo llegado al puerto de donde habia salido, paró el barco y sus habitantes no pudieron menos de sorprenderse extraordinariamente al notar que toda la tripulacion del buque venia muerta y que los cadáveres estaban completamente negros. Inmediatamente que vieron el buque conocieron que era en el que algun tiempo antes habia salido el príncipe Gloriostan, hijo de su rey y señor el jigante Pentanauro, que mas bien que su rey era su tirano. Con el mayor dolor en su semblante y al mismo tiempo con cierta alegría en el corazon, fueron á comunicar á éste el trágico fin de su hijo.

Pentanauro, jigante de mas de cuatro varas de alto por una y media de grueso, se hallaba con su primer ministro despachando los negocios del Estado, cuando entraron á verle los que le llevaban tan infausta noticia. No bien lo supo, mandó dar cien azotes á su primer ministro, manifestando así el dolor de que se halla poseido. Cumplida á su vista tan cruel sentencia, él mismo se dirigió á la playa donde quedó encallado el buque, y despues de llorar largo rato sobre el cadáver de su hijo y de hacer clavar por las orejas á sus demas ministros, señales todas de su inmenso dolor, se dirigió á examinar la cámara del buque. Júzguese cuál seria su asombro al ver un gran letrero, cuyas letras eran de fuego, que decia: «El príncipe Gloriostan y su tripulacion vuelven muertos á su patria por haber querido abusar de la inocencia de las hadas y ninfas de la Arabia.» Furioso se puso al leer esto el jigante, dió un rugido tan espantoso que se conmovió todo el buque, haciendo caer al mar algunas personas que se hallaban sobre cubierta. Pentanauro, antes de abandonar el buque, lleno de deseos de venganza, quiso significar aun mas su dolor, mandando decapitar á su vista á los ministros que en un principio se habia contentado con clavarles las orejas.

Dos dias despues de la llegada del buque, una gran armada tomaba rumbo con direccion á la Arabia; su objeto era apoderarse de las hadas que habian sido causa de la muerte de Gloriostan, para que el jigante Pentanauro las hiciese degollar en sus dominios, gozándose en su agonía, para consolarse de este modo de la muerte de su muy querido hijo. Esta poderosa armada llegó al pintoresco sitio donde estaban construidos los palacios de las hadas, y se apoderaron de ellas una noche, sin que el genio pudiera salvarlas, porque en esta ocasion los que se las llevaban eran los dragones que formaban el escuadron de Pentanauro, y que segun ya sabemos, porque la hada Mesalgisa se lo dijo á Orestes, eran todos ellos invulnerables. El genio aguardó

para salvar á sus protegidas la mejor ocasion, y ellas, cautivas y fuertemente encadenadas, fueron conducidas á presencia de Pentanauro.

Ya sabemos tambien que el objeto de este mónstruo no era otro que degollarlas; pero en el momento que las vió se prendó tan extraordinariamente de ellas, que resolvió suspender su fatal sentencia hasta efectuar la consumacion de aquel deseo que tan de improviso le habia asaltado, contentándose en cambio con degollar otras doce vasallas suyas, por no privarse del magnífico espectáculo que se habia propuesto ver.

Las cautivas fueron conducidas al palacio de Pentanauro, donde no tardó este mucho en llegar. Inmediatamente hizo que se le presentase Floriadnaida, la misma que habia sido blanco de los brutales deseos de su hijo; y luego que ante sí la tuvo, la dijo cuál era el motivo de haberse apoderado de ellas, cuáles las intenciones con que lo habia hecho, y cuál la causa de no haber llevado á cabo su intento de degollarlas para gozarse en la agonía de las causadoras de la muerte de su hijo. Ponderado su amor, y encontrando en la hada una digna y tenaz resistencia, prefiriendo la muerte á la vergüenza de ser del jigante, iba ya este á emplear la violencia, segun lo habia hecho su hijo, cuando apareció el mismo genio protector de las hadas en figura tambien de serpiente, é hizo huir al jigante que en aquel momento no tenia puesta la coraza que le hacia invulnerable. El genio intentó aprovechar la ocasion para llevarse á sus protegidas, mas visto por uno de los dragones, dió este la voz de alarma, y juntándose todos hicieron huir á la desventurada serpiente.

Habiéndose puesto en conocimiento de Pentanauro que la serpiente queria llevarse á las hadas, dió orden de que las llevasen á la elevadísima torre, de que hemos hecho mencion, y las colocaran en el aposento mas alto, para que de esta manera nadie pudiera venir á arrebatarlas; pero no dió esta órden sin arrancar antes la lengua á los ministros que tenia entonces para desfogar de esta manera la rabia de que estaba poseido su corazon.

Al siguiente dia Pentanauro fué á la torre, y volvió á manifestar á Floriadnaida sus sentimientos, y despues de una rotunda negativa de esta digna y valiente hada, volvió, como el dia anterior, á emplear la violencia para conseguir el logro de su inícuo proyecto. El genio era en el presente caso impotente, porque no podia volar; pero como la maldad nunca debe triunfar de la inocencia, Floriadnaida se vió de repente socorrida por sus demás compañeras que pudieron evitar el hecho. Fuertemente incomodado Pentanauro, estuvo á punto de dar

la órden de matarlas; pero despues de una madura reflexion se contentó con encantarlas, convirtiéndolas en estátuas de oro; cosa sumamente fácil para Pentanauro, porque era un gran encantador. Sin embargo, no quiso dejar impune semejante atentado, y al efecto mandó cortar las narices y las orejas á los ministros á quienes el dia anterior habia mandado cortar las lenguas.

Tres años hacia que las hadas y ninfas de la Arabia estaban encantadas y convertidas en estátuas de oro. El genio que las protegia era un encantador inferior á Pentanauro, de suerte que no podia desencantarlas, contentándose con examinar continuamente el libro del destino por si podia descubrir alguna cosa. Felizmente, al cabo de tres años pudo descifrar algo respecto á que un gran persa, llamado Orestes, era el llamado con el auxilio del arte mágico y con los requisitos necesarios de que habia de proveerle el mismo genio acompañado de otros sus iguales y amigos, á dar muerte á Pentanauro, y á desencantar á las hadas y ninfas, eligiendo en premio por esposa una de ellas ó á Mesalgisa, hada africana que serviria en esta ocasion de mensajera para hacer saber á Orestes cuáles eran los decretos del destino.

Ya sabemos quiénes eran las hadas y ninfas de la Arabia, sabemos tambien el motivo de su encantamiento, y el principio de la leyenda nos manifiesta que la hada Mesalgisa avisó á Orestes y le puso al corriente de lo que habia de hacer. Sabemos igualmente la alegría de este, su amor por Mesalgisa, sus promesas de fidelidad y sus deseos de acabar la aventura. ¿Estes deseos fueron cumplidos? ¿Se cumplieron sus votos de eterna fidelidad? La leyenda nos lo dirá.

## CAPITULO III.

*El genio protector de las hadas y ninfas desciende acompañado de Mesalgisa al campo donde esperaba Orestes.—El genio le enseña el libro del destino.—Le da un turbante rojo con que puede hacerse invisible y reducirse al tamaño que mejor le convenga, así como tambien una varilla de diamante, roja por las puntas.*

Llegó el dia en que la hada Mesalgisa habia prometido á Orestes descender á la tierra para comenzar la aventura que ya conocen nuestros benévolos lectores. En toda la noche anterior pudo Orestes pegar los ojos, así como tampoco probar bocado; tal era el deseo que tenia de dar muerte al jigante Pentanauro y desencantar á las hadas y ninfas cómo cosa precisa é indispensable para ser esposo de la hermosa Mesalgisa, por la que nuestro héroe habia concebido una violentísima pasion.

Hallábase Orestes en el campo, pero no ya al cuidado de las vacas como el dia anterior, pues su amo, juzgándole loco, así como los demas vecinos de la aldea, habia ya encargado á otro el desempeño de esta comision; hallábase, pues, meditando profundamente sobre lo que tanto le llamaba la atencion, cuando una melodiosa música vino á sacarle de su arrobamiento. Una soberbia nube de púrpura, igual á la en que Mesalgisa habia el dia antes subido á la etérea region con la única diferencia de ser esta mucho mayor, descendia sobre la tierra. Cuando hubo llegado á ella se deshizo y dejó ver en lo que formaba su interior un espectáculo en extremo sorprendente. La hada Mesalgisa ostentaba su sin par belleza al lado de una marmórea figura de unas formas tan bien acabadas y perfectas que indicaban claramente que no habia sido hecha por ningun humano escultor. La majestad que en ella se notaba, su perfectísimo conjunto, la vitalidad que la estátua parecia tener, hacian sospechar, y no sin fundamento, que habia sido obra de un artífice celeste. Cuatro enanos primorosamente vestidos con las telas mas ricas que la imaginacion humana pueda concebir, sostenian con sus pequeñas manos una brillante y preciosa bandeja, toda ella trabajada de finísimas piedras y cubierta con un paño de tisú de oro que bien podria valer un reino. Sobre una especie

de pedestal de oro incrustado de finísimas piedras, una infinidad de músicos llenaban el aire de suaves y sublimes melodías. Todo era grande, todo bello, todo majestuoso: hasta en los mas mínimos detalles se conocia que no era el hombre quien habia fabricado semejantes objetos, sino algun poder superior.

Grande fué la admiracion de Orestes al verse rodeado de tanta magnificencia, que no dejó de causarle, sin embargo, alguna pena, porque al ver todo aquello no pudo menos de reconocer su ignorancia y pequeñez. Abismado se hallaba en estas reflexiones, cuando oyó la voz de Mesalgisa, esa voz que tan simpática le era y que inmediatamente le hizo salir de su aislamiento. Mesalgisa en aquel instante se dirigia al genio, manifestándole ser aquel jóven que presente estaba, el señalado por el destino para desencantar á las hadas y ninfas de la Arabia que se hallaban en poder del malvado jigante Pentanauro.

No bien acabó Mesalgisa de hablar, cuando el genio, dirigiéndose á Orestes, le dijo de esta manera: «Mucho celebro, Orestes, haber encontrado el hombre por cuya poderosa mediacion mis queridas hadas y ninfas han de volver á su primitiva figura, abandonando la de estátuas de oro en que las tiene convertidas mi implacable enemigo y tambien encantador el jigante Pentanauro. Pero has de saber, ¡oh dichoso mortal! (y advierte que te llamo dichoso, porque fenecida la aventura habrás de elegir una de las ahora encantadas por esposa) que son infinitos los riesgos y peligros que tienes que correr antes de dar muerte al mónstruo que tanto nos persigue. No solo es él invulnerable, sino que invulnerable es tambien el escuadron de dragones que le sirve. Advièrte, por lo tanto, cuánto son los enemigos que has de vencer, cuántos los peligros que has de arrostrar y cuántas las victorias que has de conseguir.»

Deseaba, sin embargo, Orestes verse ya delante de Pentanauro y toda su cohorte para concluir de una vez la aventura y hacerse dueño y esposo de la sin par Mesalgisa que tan sin sosiego le traia, así es, que con voz pausada contestó al genio de esta manera: «Oh genio, que tan propicio te muestras conmigo, supuesto que tan magnífico premio me tienes prometido, yo te ruego que me dejes emprender la aventura lo mas pronto que sea posible, pues tengo tal confianza en su feliz terminacion, que ya se me hacen siglos los instantes que tardo en acometerla.»

—Mas impaciencia tengo yo que tú, contestó el genio, en verla concluida; pero para su feliz terminacion se hace indispensable tomar ciertas precauciones que aseguren completamente el resultado. Los

amado Orestes, lo que acerca del particular se halla escrito en el libro del destino.

El genio puso en manos de Orestes un tomo en fólio, en el que leyó al presente con mas perfeccion que pudiera hacerlo un consumado profesor. Tal fué la completa trasformacion intelectual que en su primera entrevista con Mesalgisa se efectuó en sus sentidos. Sustancialmente sabemos por boca de esta hada lo que contenia el citado libro, como igualmente lo decidido que se hallaba ya de antemano Orestes; todo ya narrado en nuestro capítulo primero. Inmediatamente que acabó la lectura volvió á manifestar los deseos de que se hallaba animado; así es, que el genio, viéndole tan decidido, le dijo de esta manera:

—Una vez que tal deseo tienes de acometer y acabar la aventura, no es justo en manera alguna que yo, que estoy animado de los mismos deseos, lo dilate por mas tiempo. Híncate de rodillas y recibe de mis manos los objetos mágicos que han de coadyuvar el logro de tan difícil y arriesgada empresa. Recibe, en primer lugar, este turbante rojo, cuya confeccion pertenece al gran mágico Eximiamario y cuya virtud es tan exquisita que puedes con su ayuda hacerte invisible y reducirte al tamaño que mejor te convenga, ya sea como al de una pulgá, ya sea como al de una torre de veinte leguas. Juzga por lo tanto cuál será la utilidad que te ha de resultar de tan poderoso talisman. Recibe además esta varilla de diamante, roja por las puntas, con cuyo auxilio hallarás á mano todo aquello que pudieres necesitar. Con estos dos poderosos talismanes ningun peligro puedes temer, pues ellos son suficientes por sí solos para sacarte de todos los que pudieras correr. Pero, Orestes, aun estás á tiempo, considera que dentro de pocos momentos te hallarás frente á frente de Pentanauro; considera que, á pesar de los medios que he puesto en tus manos, el peligro á que te expones es inmenso, consulta tu valor, examina si es suficiente para lograr lo que intentas, pues una vez empezada la aventura ya no será tiempo de abandonarla, y es muy fácil que si no triunfas, mueras en la demanda.

Atento estuvo Orestes á estas palabras del genio, y sintió por momentos crecer su valor y su deseo de vencer al jigante que tanto daño ocasionaba á las compañeras de su idolatrada Mesalgisa; así fué que contestó del modo siguiente:

—Nada temas, oh genio protector de las hadas y ninfas de la Arabia; el deseo que tengo de ser esposo de la sin par divina Mesalgisa me dá un valor tan ciego é impetuoso, que aunque se me pusieran por medio cien jigantes como Pentanauro, todos sufririan la misma suerte

que aguarda á este tirano. Grande ha sido el contento que he recibido al oirte que dentro de pocos instantes me habré de ver delante de Pentanauro, y solo te suplico que acortes esos momentos, pues es imposible que puedas imaginar siquiera la impaciencia que me devora.

—Pues una vez que tanto lo deseas, antes de dos minutos tendrás en tu presencia la serpiente que te ha de conducir á los dominios de Pentanauro. Que el cielo te guarde y él te saque con felicidad de la aventura.

La nube en que habia venido el genio acompañado de Mesalgisa, volvió á aparecer, y envolviéndolos en su seno los fué sucesivamente elevando hasta que desaparecieron de la vista de Orestes, quien quedó deseando la llegada de la extraña cabalgadura que habia de conducirle cerca de Pentanauro.

## CAPITULO IV.

*Viaje aéreo de Orestes.—Su llegada al palacio de Pentanauro.—Los guardas le impiden la entrada.—Resolucion que adopta.*

No habrian aun trascurrido cinco minutos desde que el genio, acompañado de Mesalgisa, habia desaparecido de la vista de Orestes, cuando una furiosa tempestad estalló en toda la comarca. El trueno dejó oir su imponente estampido, y la claridad del relámpago contrastaba notablemente con la oscuridad que reinaba en el espacio. Algunos añosos árboles que ostentaban sus gruesos troncos y largas ramas fueron víctimas de los rayos y centellas que por todas partes venian á turbar el órden y reposo de la naturaleza. En una palabra, parecia que se acercaba el fin del mundo; tal era la fuerza de la tempestad. Los habitantes de las aldeas inmediatas, los pastores que se hallaban en el campo guardando el ganado, todos los comarcanos, en fin, estaban sobremanera aterrorizados, solo Orestes no participaba del temor general que embargaba todos los ánimos, permaneciendo impasible enmedio de aquella gran lucha de los elementos; su pensamiento estaba en otra parte; la belleza de Mesalgisa

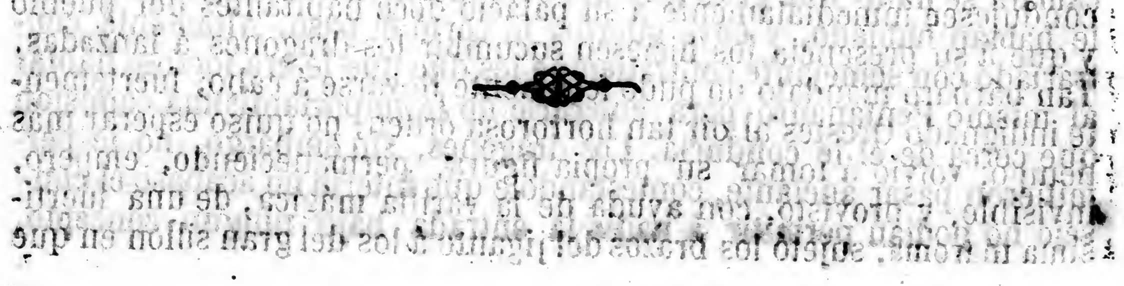
se presentaba á su vista explendente, embriagadora, y ella, y solo ella absorbia por completo sus sentidos y potencias. Poco mas de un cuarto de hora haria que la tempestad habia estallado, cuando un horrísono trueno que puso en conmocion hasta las entrañas de la tierra hizo á Orestes volver á tener conciencia de sí mismo. Sobrecogido ante la vista de tan majestuoso é imponente espectáculo, no vió que envuelta en un gran círculo de fuego descendia lentamente una formidable serpiente, hasta colocarse detrás de él, pero á su lado. Al mismo tiempo, el dulce y armonioso sonido de un laud vino á herir sus oidos; prestó atencion á aquella música armoniosa invisible y no pudo menos de lanzar un grito de alegría y sorpresa. A poco rato, una voz seductora que conoció ser la de su idolatrada Mesalgisa le anunciaba que ya habia descendido la serpiente que por la region del aire habia de conducirlo á presencia del jigante Pentanauro. Volverse Orestes, ver á la serpiente y saltar sobre su lomo fué obra de un instante. En el mismo momento extendió esa sus grandes alas, y remontando su vuelo condujo á Orestes al palacio donde el tirano Pentanauro se hallaba, bien ajeno de la suerte que le estaba esperando. En el momento que Oreste y su extraña cabalgadura dejaron la tierra, cesó la tempestad, y el arco iris dejó ver sus hermosos y brillantes colores en el firmamento.

En el corto espacio de cinco minutos franqueó la serpiente la larga distancia que tenian que recorrer, descendió en la puerta del palacio de Pentanauro, dejó á Orestes en aquel lugar y volvió á perderse en las etéreas regiones.

A la sazon hallábase Pentanauro celebrando consejo con sus ministros, forzando á estos para que impusieran grandes y exorbitantes tributos á los desgraciados habitantes de sus dominios. Nuestro héroe penetró en el palacio, y habiendo preguntado al portero mayor á qué lado del edificio caian las habitaciones de su dueño, le manifestó este la escalera por donde habia de subir y las cámaras que habia de atravesar hasta llegar á la en que ordinariamente residia Pentanauro. Subió Orestes con ánimo resuelto la escalera, y al llegar á la primera cámara se halló una gran guardia compuesta de los dragones de que le habian hablado, y cuya guardia le cortó el paso. Altamente contrariado con semejante contratiempo les dijo que le era forzoso hablar al mismo Pentanauro para enterarle de la importantísima comision que cerca de él le conducia. Los dragones, sin embargo, no le permitieron pasar adelante, contestándole que interin no acabase el consejo no podian permitir á nadie la entrada bajo ningun concepto.

Conociendo Orestes que no conseguiría nada mas que perder tiempo se despidió con la mayor urbanidad del jefe de los dragones, resuelto á poner inmediatamente en práctica la idea que le habia ocurrido.

Luego que llegó á la mitad de la escalera, convencido de que nadie le seguia y que de ninguno podia ser visto, se tornó invisible con la ayuda del turbante rojo que le habia dado el genio, y volviendo á penetrar en la cámara de donde momentos antes habia sido despedido por los dragones, la atravesó en su totalidad, así como tambien otras varias, en las cuales habia varios pajes y ujieres, que como no le veian no le oponian ninguna dificultad, y así pudo pasar. Orestes continuó su camino hasta llegar á un gran salon donde se hallaba Pentanauro con sus ministros celebrando el consejo de que antes, aunque incidentalmente, nos hemos ocupado. No pudo menos de indignarse al oir que decia Pentanauro á sus ministros, que si en el mes siguiente los tributos no llegaban al doble de lo que habian producido en el que se hallaban, los haria degollar. Júzguese las promesas que harian los ministros y los deseos que abrigarian de salvar sus vidas, aun cuando para ello fuera necesario dejar en la indigencia á todos los súbditos del imperio. Despidiéronse, por consiguiente, dando mil seguridades á su soberano de que en el mes siguiente los tributos subirían al doble. Luego que se fueron los consejeros, Orestes se quedó á solas con Pentanauro, resuelto, dando la muerte á este, á evitar los infinitos perjuicios que diariamente ocasionaba á sus vasallos. Tenemos á los dos enemigos frente á frente. Pentanauro tenia la ventaja de ser invulnerable á causa de la coraza de que se hallaba revestido, y que, como sabemos, devolvia los tiros y cuchilladas á los enemigos, y Orestes tenia tambien en su favor las no menos ventajas de permanecer invisible, reducirse al tamaño que tuviera por conveniente y hallar á mano todos los objetos que pudiera necesitar; todo por la virtud y poder del turbante rojo y la varilla mágica de que el genio le habia provisto. En el capítulo siguiente veremos el resultado de la lucha que va á comenzar.



## CAPITULO V.

*Orestes se convierte en pulga.—Se introduce debajo de la coraza del jigante.—Orestes vuelve á recobrar su primer tamaño, pero permaneciendo siempre invisible.—Ata con gruesos cordeles al jigante, y, por último, le ocasiona la muerte, así como á su guardia de dragones.*

Permanecia Orestes invisible observando cuidadosamente al jigante con objeto de entablar algun medio ingenioso que le permitiera sujetarle y darle despues la muerte que tan necesaria era para el desencantamiento de las hadas y ninfas de la Arabia. Despues de reflexionar un corto espacio, acordó uno en extremo ingenioso para comprender hasta qué punto llegaba la fuerza y ligereza de tan magna persona, toda vez que presumia, y no sin fundamento á la verdad, que en atencion á su colosal altura, y mas que nada á lo extraordinariamente obeso de su persona, no podria ser grande su ligereza. Á este fin, ayudándose del turbante rojo, tomó la forma de una pulga, y penetrando por debajo de la coraza de que Pentanauro se hallaba revestido, comenzó á darle fuertísimos picotazos en el pecho. Incomodado el jigante con el extraordinario picor que sentia, intentó rascarse varias veces, pero todas inútilmente, porque la coraza se lo impedia. Víctima de un inmenso malestar, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, para desfogarse del coraje y mal humor de que se hallaba poseido, mandó llamar al jefe de los dragones y le encargó que condujesen inmediatamente á su palacio doce habitantes del pueblo y que á su presencia los hiciesen sucumbir los dragones á lanzadas. Tan bárbaro mandato no pudo felizmente llevarse á cabo; fuertemente indignado Orestes al oir tan horrorosa órden, no quiso esperar más tiempo; volvió á tomar su propia figura, permaneciendo, empero, invisible, y provisto, con ayuda de la varilla mágica, de una fuertísima maroma, sujetó los brazos del jigante á los del gran sillon en que

estaba sentado; practicó la misma operacion con las piernas y cabeza en medio de furiosos gritos, blasfemias y amenazas que proferia el jigante al verse sujeto sin saber por quién; le quitó la coraza encantada, y hundiéndole cuatro veces en el corazon su afilado puñal damasquino, libró á la tierra de uno de los mayores mónstruos que se han conocido. Al espirar Pentanauro dió una sacudida tan sumamente grande que Orestes estuvo espuesto á caer al suelo, segun el fuerte temblor que se notó en todo el palacio. La aventura que Orestes habia emprendido se presentaba con el mejor éxito para su feliz terminacion.

No bien habia acabado de espirar el tirano Pentanauro, penetraron en la régia estancia los dragones conduciendo á los doce infelices que habian de sacrificar en presencia de su señor. Orestes, siempre invisible, dió al cielo las mas infinitas gracias por haberle permitido salvar la vida á aquellos desdichados. Júzguese, por otra parte, cuál seria la sorpresa de los dragones al ver muerto á Pentanauro; baste decir que no profirieron una palabra, contentándose con mirarse unos á otros. Orestes se aprovechó de su estupor y amarrándolos unos á otros con gruesas maromas, fué despojándolos de sus corazas y ocasionándolos la muerte lo mismo que á Pentanauro.

En el momento de exhalar los dragones el último suspiro, un rayo abrasó el palacio, pereciendo víctimas de las llamas todos los que le habitaban, excepto Orestes y los doce paisanos destinados al cruel sacrificio que estorbó la muerte de Pentanauro. La aventura por lo tanto tocaba á su fin.

## CAPITULO VI.

*Orestes se dirige á la torre donde las hadas y ninfas estaban encantadas.—Resolucion que toma para entrar en la torre.—Las hadas y ninfas convertidas en estátuas de oro y acompañadas de Orestes son conducidas por trece serpientes á sus palacios de la Arabia.—Desencanto de las hadas y ninfas.—Presentacion del genio y Mesalgisa.—Matrimonio de esta con Orestes.*

Aun duraba el incendio del palacio de Pentanauro, cuando Orestes, bajo su misma figura, pero siempre invisible, se dirigió con precipitados pasos á la torre donde el jigante tenia encantadas á las hadas y ninfas de la Arabia. Largo rato estuvo contemplando la desmensurada altura de esta torre que se perdia de vista su extremidad superior. Examinó asimismo con la mayor escrupulosidad las paredes para ver si presentaban algun punto saliente por donde poder subir á restituir su libertad á las encantadas. Todo fué inútil; las paredes de la torre, de maciza piedra de mármol, presentaban una superficie tan lisa que era de todo punto imposible poder subir por ella. Viendo Orestes que el tiempo pasaba en inútiles tentativas, acordó hacer uso del gran poder y maravillosa virtud del turbante rojo encantado que tenia en su poder, y á este fin le pidió le hiciese tan alto como era la torre, á cuya peticion su cuerpo tomó dicha altura. Grande fué el desconsuelo que experimentó nuestro héroe al ver que la mencionada torre no tenia puerta ni ventana de ninguna clase; despues de un exámen tan prolijo como minucioso, pudo por fin descubrir una pequeña hendidura, por la que, encomendándose al destino de todo corazon y recordando la sin par belleza de Mesalgisa, penetró en forma de mosquito, reco-

-brando su primitiva forma y figura luego que estuvo dentro de la torre. No bien hubo atravesado tres grandes y dilatados salones completamente desiertos, halló en un pequeño espacio circular doce magníficas estátuas de oro, de cada una de las cuales pendia un pequeño rótulo con el nombre de la hada ó la ninfa á que estaba adherido.

No bien puso Orestes el pié en esta estancia, un ruido infernal se dejó sentir: la torre habia venido abajo, quedando únicamente en pié el pequeño espacio en que se hallaban las hadas y su libertador, siendo lo mas digno de tenerse en cuenta, que los escombros producidos por tan gran mole nunca fueron encontrados. Al mismo tiempo, trece grandes y magníficas serpientes se dejaron ver, las cuales ayudaron á Orestes á bajar las estátuas de los pedestales donde se hallaban colocadas, y poniéndolas sobre sus lomos y montando Orestes en la que quedaba vacante, emprendieron un rapidísimo vuelo que en pocos momentos los condujo hasta los palacios que las hadas y ninfas tenian en la Arabia.

Inmediatamente que llegaron á sus palacios, las estátuas tomaron su primera forma de mujeres, pero mujeres semidiosas, dejaron asombrado á Orestes, que nunca habia visto tamañas hermosuras. Ellas por su parte tributaron las mas expresivas gracias á su libertador, á quienes hospedaron en el palacio de Floriadnaida. Pero ni los encantos de todas las ninfas ni los superiores de Floriadnaida fueron capaces de hacer olvidar á Orestes á su idolatrada Mesalgisa. Hallábase ya algun tanto contrariado y descontento viendo que esta no parecia, cuando la misma música que habia oido Orestes en su tierra en la primera aparicion del genio se dejó oir en el espacio. La misma nube que por primera vez se apareció, se dejó ver, y abriéndose, se descubrió en su seno al genio en la misma figura de estátua de mármol y á Mesalgisa que venia radiente de hermosura y felicidad. Al pasar por el lado de Orestes no pudo menos de decirle en voz baja: «sé que me has preferido á todas, juzga lo feliz que me considero.»

Las hadas y ninfas, al ver la descension de la nube, se presentaron en el palacio de Floriadnaida, y luego que todas estuvieron reunidas tomó la palabra el genio, y desde su tronó dijo:

—Al valeroso esfuerzo del adalid que aquí está presente debeis vuestra libertad, mis queridas hadas y ninfas de la Arabia. Lo que estaba escrito en el libro del destino se ha cumplido; ahora solo falta cumplir lo que los hados ofrecen á vuestro libertador. ¿A cuál de estas hermosas hadas que están presentes escoges por tu esposa, amado Orestes?

—Todas son dignas de merecer un príncipe, pero yo, por anteriores simpatías y por agradecimiento, elijo á Mesalgisa, respondió vivamente y sin titubear nuestro enamorado jóven.

—Tu esposa será, dijo el genio.

Al dia siguiente, al lado de los doce palacios que habia en la Arabia y que servian, como ya saben nuestros lectores, de morada á las hadas y ninfas, apareció otro con tanta magnificencia como los demás. Era el destinado para Mesalgisa y Orestes, el venturoso jóven que habia recibido el premio de su caridad. Orestes habia socorrido la necesidad y miseria de una pobre y andrajosa gitana, sin más interés, sin esperar mas recompensa que la que en el alma produce una buena accion; Orestes, pues, vió ampliamente recompensada su caridad: fué esposo de Mesalgisa, que, como sabemos, era todo su anhelo, y su vida fué una continuada serie de felicidades.

